

# LA LECTURA EN MÉXICO

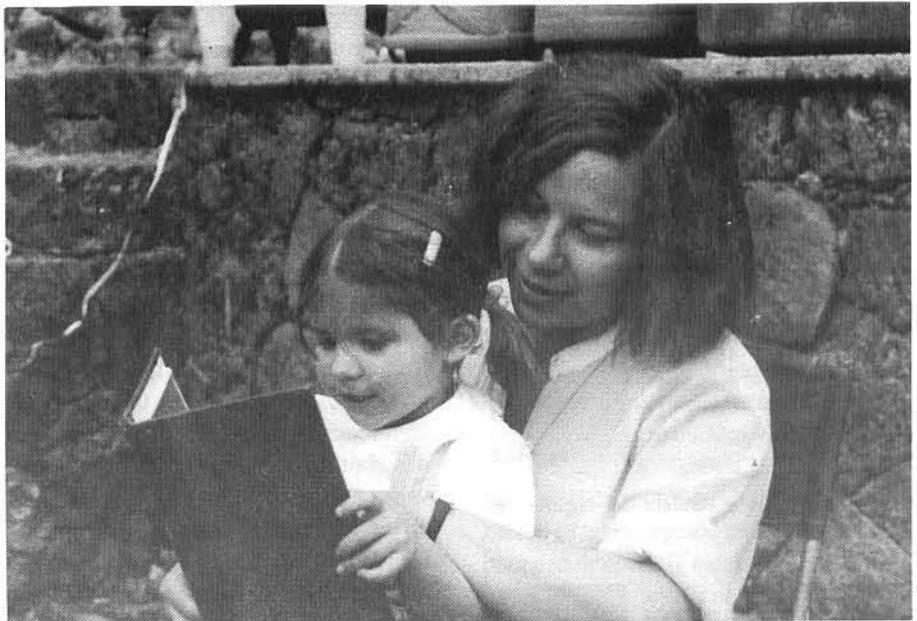
---

## un acercamiento

Amelia Rivaud Morayta\*

No sabemos a ciencia cierta qué lee esta generación de universitarios que llevan suficientes horas frente a la televisión, ya sea mirándola o jugando nintendo, como para volar un concorde. ¿Les interesa realmente leer? ¿Lo consideran un placer? Yo trabajo con estudiantes que quieren formarse como diseñadores editoriales, pero sólo algunos leen habitualmente. Me pregunto cómo van a decidir si el tipo de letra, el interlineado y la mancha tipográfica son correctas, cómo pueden diseñar una portada, cómo van a escoger entre un formato horizontal y uno vertical si nunca se han enfrentado al problema de acomodar libros en un estante, si no están acostumbrados; si los libros no forman parte de su vida cotidiana.

Mi inquietud es cómo acercar a estos muchachos al placer de la lectura. Para enseñarles el proceso de edición y como un aliciente para leer y escribir, les he pedido que después de leer *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco, redacten un texto similar al primer capítulo de la novela, donde el protagonista recuerda cómo era la ciudad y el ambiente cultural, con sus propias vivencias infantiles. Algunos hicieron cosas muy bonitas, un poco catárticas, otros no quisieron acordarse de su infancia; sin embargo su lectura en clase sirvió para que se conocieran entre ellos, aunque fuera tres años después de estar en el mismo



grupo. Después editamos el texto: original, corrección, captura, galeras, revisión de pruebas, etcétera. También sirvió para que entendieran que la edición es una labor en equipo, y no sólo trabajo con una computadora. Y después, ¿qué? No hay certeza de que sigan leyendo, ya que no han adquirido el hábito desde pequeños y ya en la universidad “el daño es tan grande que pocos lo superan para llegar a ser buenos lectores y mucho menos para llegar a ser lectores ávidos”.<sup>1</sup> Por qué me preocupa que lean, especialmente los universitarios, más allá de *Eres*

y *Teleguía*.<sup>2</sup> Porque la lectura permite adquirir habilidades de pensamiento que sólo se adquieren de esa manera, además del léxico y, por supuesto, los conocimientos y la creatividad. La lectura es un acto de libertad: leo lo que quiero cuando quiero, recuerdo otras historias, imagino aventuras, estoy o no de acuerdo con el autor, cierro el libro; me enamoro de unos personajes y odio a otros, platico con ellos, me acuerdo de otras personas; conozco otros lugares y otras costumbres; me llevo el libro a donde me dé la gana, me regreso dos párrafos porque no

---

\*Profesora investigadora del Departamento de Síntesis Creativa

<sup>1</sup> John Page, “Hombre crítico u hombre implemento”, *La jornada semanal*, abril 18, 1993.

<sup>2</sup> Raúl Navarro, encuesta referida en Luis Enrique Ramírez, “Eres o no eres, he ahí el negocio”, *La jornada*, octubre 21, 1994.

entendí, si es mío, lo subrayo; en fin me apropio de la lectura para cerrar, así, el ciclo autor lector. Curiosamente, la preocupación por generar el hábito de la lectura sólo se da entre los lectores viciosos, aunque es un problema que inmiscuye no sólo a los maestros sino a la industria editorial y cultural, desde autores, traductores, editores, tipógrafos, correctores, impresores, papeleros, libreros, bibliotecarios y por supuesto diseñadores gráficos.

Por otra parte, sabemos que hay varios tipos de lecturas, desde descifrar los signos que hay en los libros hasta comprender realmente lo que el autor quiere transmitir, poderlo relacionar con conocimientos ya adquiridos y con el mundo real. También se lee con diferentes objetivos: diversión, estudio, búsqueda cultural.

El mecanismo de la lectura requiere un tiempo entre que los ojos miran la información y ésta es procesada por el cerebro, el cual toma en cuenta la información que ya posee. Aunque el libro no es el único medio de transmisión de conocimientos, la lectura es el mejor método para informarse y seguramente el más rápido, ya que un lector lento descifra 20,000 palabras por hora, mientras que un profesor o un conferencista sólo puede articular 9,000 palabras en el mismo lapso.<sup>3</sup>

También se pueden leer los logotipos, los símbolos de los transportes, los lenguajes corporales, las bolsas de los detergentes y de los chocolates lo mismo que las marcas de los automóviles... hasta los códigos, guardianes de la sabiduría y la historia mesoamericana anterior a la llegada de los españoles.

Los estudios sobre la lectura desde el punto de vista fisiológico, lingüístico y psicoanalítico son numerosos, pero paradójicamente en México no hay datos confiables acerca de cuánto se lee, quiénes y qué leen, y tampoco hay cifras sobre quiénes publican qué ni cuánto.<sup>4</sup> Las cifras sobre lectura son parciales, contradictorias, no hay continuidad y las comparaciones que se hacen muchas ve-

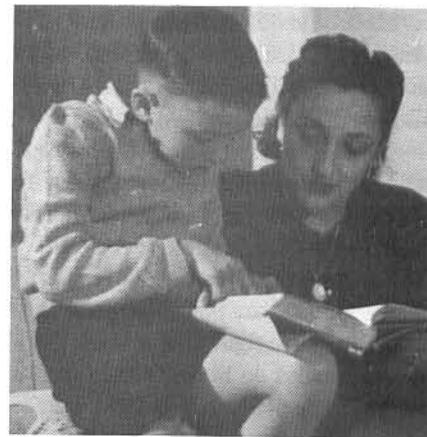
ces no son válidas, por las inconsistencias de la metodología estadística. Aunque se sabe cuánta gente declara que sí sabe leer, no hay más que estimaciones de cuántos mexicanos son analfabetas funcionales.

Haciendo un poco de historia se ve que las posibilidades de comunicación humana han avanzado acordes al desarrollo tecnológico, económico y social de la humanidad. Las pinturas rupestres son una muestra de la comunicación en la Prehistoria; después los pueblos fueron desarrollando sus lenguas hasta que dibujaron los pictogramas y más tarde, con el desarrollo del alfabeto, pudieron plasmar sus ideas por escrito. En la antigua Roma, la información se transmitía a través de la lectura en voz alta, sólo algunos escribían y hablaban el latín culto, el pueblo era analfabeta. Con su expansión imperial, los romanos sometieron a muchos pueblos de la península itálica, del norte de África y por supuesto de la península hispánica; en todos estos territorios impusieron su lengua y su religión en un proceso que duró muchos años. La mezcla del latín hablado con las lenguas autóctonas de cada región dio origen a los distintos idiomas romances.

La literatura latina se conservó por las copias y copias que fueron haciendo los interesados en conservar la lengua culta. Para la Edad Media, la Iglesia se había apoderado de la educación y de la divulgación de la cultura, y el pueblo... seguía siendo analfabeta.

La invención de la imprenta y su rápida difusión posibilitó que las nuevas clases burguesas del Renacimiento accedieran al placer de la lectura; los libros se hicieron más baratos, sin embargo, sólo una activa minoría intelectual traducía y difundía las obras que le parecían más importantes.

La revolución industrial marca varios hechos: con la invención de la prensa de rodillos se pueden producir más libros en menos tiempo, con ello las clases medias, la pequeña burguesía y los sectores ilustrados del proletariado eran lectores potenciales, a la vez que los editores se convertían en hombres de empresa. La lectura también aumentó y fue promovida por la gran difusión de los periódicos, las novelas por entregas, los folletines, etcétera. En nuestra época, los avances tecnológicos abren perspectivas al libro



a la vez que le muestran sus limitaciones. Seguramente, en el futuro van a coexistir distintos tipos de soportes para la presentación de los textos, según el género, la temática y los usos que se le quiera dar a la información. Las enciclopedias de papel tienden a ser sustituidas por las que se presentan en CD-ROM, pero sin duda a los lectores de literatura no les atraerá disfrutar a Neruda, García Márquez, Cervantes o Paco Ignacio Taibo II en computadora, "aunque parezca libro".

El panorama en México es contradictorio, ciertas cosas se leen mucho, otras nada, los estudiantes tienen bibliotecas, pero no saben con qué títulos, la gente no gasta en libros porque "son caros", aunque semanalmente se publican cerca de 15 millones de ejemplares de historietas y revistas, las cuales no sólo son leídas por una persona, sino que circulan entre dos o tres, mientras que un tiraje de 1000 ejemplares de un libro de ciencia o de literatura tarda de uno a varios años en agotarse.

Como ya se dijo, no existen datos nacionales sobre lectura, para algunos es entre 300,000 y 600,000 lectores, mientras se reportan 60 millones de consultas en el Programa Nacional de Bibliotecas para 1988.<sup>5</sup> Una encuesta de Fomento Editorial y la Coordinación de Humanidades de la UNAM de 1990 registra que los estudiantes de preparatoria dedican de una a tres horas semanales al estudio en textos, no conocen el fondo editorial de la UNAM ni recuerdan el título ni el autor de

<sup>3</sup> Frank Smith, "Entre el ojo y el cerebro", en Moisés Ladrón de Guevara, *La lectura*, SEP, Caballito, Conafe, 1985.

<sup>4</sup> Jesús Anaya Rosique, "Estadística del sector editorial: problemas y perspectivas-1", en *Libros de México* 19, México.

<sup>5</sup> Gerardo Amancio, "El escenario nacional de la lectura: algunas reflexiones sobre el sujeto lector en México", en *Senderos hacia la lectura*, t. CNCA, Fil 89, INBA, México, 1990.

sus libros de texto; sin embargo, y paradójicamente, se declaran interesados en la lectura y consideran que tienen una biblioteca de mediana a alta extensión.

En cuanto a las librerías, sabemos que son una especie en extinción, y se cierra el círculo: si la gente no ve los libros, ¿cómo se va a acercar a ellos?

Por su parte, los editores se quejan de que en México hay pocos lectores, pero curiosamente se siguen importando grandes cantidades de libros, por lo menos hasta el 20 de diciembre de 1994. Parece que los editores no quieren invertir en la promoción de la lectura, simplemente su publicidad es sólo en medios impresos, porque los electrónicos salen muy caros, sin embargo, tampoco se acercan a la radio. Se horrorizan de que el gobierno haga los libros de texto, pero no se dan cuenta de que el alfabetizado es la materia prima para formar lectores.

Mientras tanto, los centros de educación superior publican mucho, con distintas calidades, pero con una característica común: los libros universitarios prácticamente no se distribuyen debido a la falta de profesionalización de quienes deciden y participan en la factura de los libros y a la ausencia de políticas editoriales que prevean la autosuficiencia presupuestal al mismo tiempo que contemplen la función cultural de las universidades y de los libros.

En el México moderno ha habido numerosas actividades de promoción de la lectura, desde los esfuerzos de José Vasconcelos para que hubiera biblioteca hasta en la última ranchería del país; la edición de los libros de texto gratuitos para primaria desde los años sesenta, y la experiencia de los rincones de lectura desde la década pasada, además de numerosas campañas locales y sectoriales promovidas por organismos públicos y privados. También existen diversas investigaciones sobre el acto de leer, la alfabetización, la influencia de los medios de comunicación.

No obstante, se calcula que el lapso para crear hábitos de lectura en una sociedad es de aproximadamente cincuenta años. Sin embargo, da la impresión de que no hay seguimiento de las mencionadas experiencias y por lo mismo carecemos de elementos para poder evaluar sus resultados. Una pregunta que surge al respecto es ¿cómo ha repercutido el libro de texto gratuito, más

allá de la posibilidad de que toda la población pueda cursar la primaria, en los hábitos de lectura? Sencillamente, no la podemos contestar. La iniciativa más reciente que conozco es la de los Rincones de lectura en las primarias promovido por la SEP, pero su seguimiento no es constante y arroja como primer resultado, además de pequeños triunfos y anécdotas, que los maestros no proporcionan los libros de cuentos a los niños para que no los maltraten, ni dedican el tiempo sugerido para esa actividad, pues tienen que cumplir el programa académico.<sup>6</sup>

Hay quienes opinan que la escuela es un "antídoto" contra la lectura. En efecto, parece que los maestros tampoco saben leer muy bien ni entienden la importancia de la lectura y su comprensión, además, les asusta que el entusiasmo de los niños durante la lectura colectiva rompa la disciplina del aula.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Roberto Pulido Ochoa, "Los lectores: experiencias sociales en formación" conferencia en CIEPEL, agosto 1994.

<sup>7</sup> *Idem.*

En la población escolar de todos los niveles tenemos a los "lectores cautelosos", no obstante, éstos constituyen sólo una pequeña élite que a lo largo de la historia se ha caracterizado porque posee el conocimiento y la "cultura". Pero, ¿qué pasa con el resto de la población, como los que abandonan la escuela en tercero de primaria? ¿Qué nivel de lectura tienen? ¿Pueden entender un formulario para algún trámite administrativo?

Aunque el acercamiento a la lectura es una tarea de toda la sociedad, nosotros enfrentamos al problema de escases de lectura entre los universitarios. Habría que conocer realmente sus hábitos y su nivel de comprensión de lectura, para poder hacer un programa institucional, en el cual la lectura y la escritura no sean sólo un "apoyo" y que en el resto de las materias tomen en cuenta, apoyen y exijan el desarrollo de esas habilidades de comunicación. Además, podrían haber cursos de promoción de lectura para actualizar a los profesores y que los propios alumnos promueban ese hábito en sus hogares.

Los originales presentados a la revista *En Síntesis* para su publicación, deben tener las siguientes características:

Los textos deben estar escritos a doble espacio, o sea 28 líneas por 65 golpes (cuartillas), ya sea a máquina o en computadora.

Si se hacen en un procesador de textos (Word, Word perfect, Write de Windows) deben guardarse como archivo de texto (\*.DOC o \*.TXT), sin cortes de palabra ni comandos de formato.

Se recomienda que pasen el escrito por el diccionario que traen los procesadores de texto.

Deben entregar el disquete y la copia en papel.

El material gráfico, por las características de la publicación, debiera entregarse como fotografías en blanco y negro, evitando las fotocopias.

En caso de integrar el material gráfico al archivo, éstos deberán venir en formato tif, con un escaneo mínimo de 300 pts. con una copia en papel y su localización en el escrito.